



G. K. Chesterton

Breve historia de Inglaterra

TRADUCCIÓN DE MIGUEL TEMPRANO

La mayoría de los libros de historia se escriben para corregir otros libros de historia. La *Breve historia de Inglaterra* no es una excepción. Concéntrico a fuerza de excentricidad, irónico por convencido, paradójico por aparentemente extemporáneo, Chesterton quiso escribir una historia popular —cuando la mayoría de los relatos de la historia de Inglaterra eran extremadamente antipopulares—, en la que lo fundamental radicara no tanto en los acontecimientos en sí como en la importancia que estos hubieran tenido. En palabras de Bernard Shaw, el autor de este libro fue «el más conciso y a la vez el más completo historiador que este país desamparado pudo encontrar».

INTRODUCCIÓN A LA NUEVA EDICIÓN (1929)

Cuando, hace algunos años, me ofrecieron escribir el pequeño volumen que lleva el título de *Breve Historia de Inglaterra*, era muy consciente de que aceptar el encargo podría parecer una osadía; aunque, en el fondo, sea más osado el título que el libro. Mi intención era llamarlo *Esbozo de la Historia de Inglaterra*, o *Estudio sobre la Historia de Inglaterra*, pero lo cierto es que nunca pensé que el título o el libro pudieran ser motivo de solemne discusión. El caso es que la tarea, tal como la concebí, no implicaba ni afectación ni falsa erudición. Los aspectos más olvidados de la historia inglesa no son pequeñas cosas oscuramente veladas por los especialistas, sino grandes cosas que estos ignoran. La mayor parte de ellas pueden aprenderse, no solo sin recurrir a complicadas lecturas, sino prácticamente sin recurrir a ningún libro. Se pueden aprender de cosas tan grandes y obvias como el tamaño de las iglesias góticas o el estilo de las casas de campo clásicas. No es necesaria ninguna erudición abstrusa para comprender que un propietario rural no es lo mismo que un abad aunque viva en una abadía. No hace falta ninguna lógica elaborada para entender que una tierra comunal pertenecía al común. La diferencia no radica tanto en los hechos como en la importancia de los hechos y ese es el terreno de la crítica más amplia y general.

En la introducción anterior, yo alegaba carecer de cualquier conocimiento histórico, así que no sería sorprendente que hubiera caído en errores históricos. No obstante, lo curioso es que la mayor parte de los errores que he descubierto desde entonces no se refieren a cosas que desconociera, sino a cosas que sabía. Podría escribirse un interesante estudio psicológico acerca de esos errores que se cometen a pesar del conocimiento. Por ejemplo, veo que me referí al rey Juan como el segundo hijo de Enrique de Anjou. Es imposible, para cualquiera que haya leído en el parvulario historias y anécdotas de la realeza, no saber que Enrique II trajo tantos hijos al mundo que, por así decirlo, no sabía qué hacer con ellos, y que Juan era el más joven. Todos saben la amargura que le causó al padre la desertión de su ingrato benjamín. Pero es probable que el contexto demuestre que yo no estaba contando hijos sino reyes y que con eso quise decir que fue el segundo hijo en sucederle. Hay otros errores parecidos, que también resulta fácil cometer y no menos fácil subsanar: en la página 48 es obvio que la «viuda de Enrique V» debía ser «la viuda de Enrique VI», o más bien «la esposa de Enrique VI», pues, pese a la opinión del Sr. Weller, lo que la convierte en una mujer temible no es el hecho de ser viuda. Pero yo pensaba vagamente en ella como viuda, o al menos como una mujer afligida, que acaba de quedarse sola con su hijo, pues en ese momento mi memoria recordó la vieja historia de su solitaria aventura con el pequeño príncipe. Encontré una errata en la anécdota del benedictino: evidentemente debería decirse: «Franciscere» o «Franciscet», suponiendo que valga la pena poner en boca de alguien que hablara latín vulgar un verbo que no existe. Probablemente haya también numerosos errores que no son erratas. Me dicen que la frase acerca del sol que atribuí a Tomás Moro la pronunció en realidad uno de sus compañeros mártires, y es muy posible, pues recuerdo haber leído todas esas historias en una misma recopilación de anécdotas sobre el martirologio. Estos son los

detalles más dudosos de los que he tenido conocimiento y me disculpo sinceramente por ellos, aunque sean muchos menos de los que había imaginado.

Digo que me disculpo por los detalles, porque por lo que no tengo ninguna excusa que ofrecer es por la tesis o planteamiento general. Todo lo que he aprendido desde entonces, sobre todo de gente más culta que yo, me ha hecho pensar que aun estaba más en lo cierto de lo que creía. Una historia tan de aficionado debía tener algo de adivinatorio, pero casi me produce escalofríos considerar mi buena suerte por haber acertado con tanta frecuencia. Ahora podría proporcionar muchas más pruebas de las que tenía entonces acerca de las tesis más generales: que la Inglaterra medieval poseía muchos ideales democráticos; que podría haber evolucionado, y de hecho estaba evolucionando, hacia un etapa aún más democrática; que fue coartada por una oligarquía que se había hecho demasiado fuerte bajo la esporádica autoridad personal de los reyes; que fue la oligarquía la que triunfó en los siglos dieciséis y diecisiete y la que pisoteó los últimos elementos populares en los colegios, los gremios, las leyes y la propiedad de la tierra; y que hoy la aristocracia se está transformando en una plutocracia sin dejar siquiera vislumbrar a la gente esa visión popular que necesita para no desfallecer. No solo estoy más convencido de lo acertado de este punto de vista, sino que he vivido lo suficiente para ver cómo el mundo se iba mostrando más dispuesto a aceptarlo. Cuando se escribió este libro, por ejemplo, todos los que consideraban al Sr. Bernard Shaw el modernista supremo me tenían a mí por una especie de lunático anticuado por ser partidario de la Edad Media. Y eso que yo solo alababa lo mejor de la época, sobre todo su alborear, admitía sin tapujos que en su ocaso produjo muchos monstruos, y citaba en particular el ejemplo del celo perverso de los sacerdotes que persiguieron a Santa Juana. He vivido lo suficiente para ver a Bernard Shaw completar el argumento de Chesterton, el partidario de la

Edad Media. Le he visto —a él nada menos— demostrar que también es posible salir en defensa de los monstruos de la Edad Media. Allí donde yo defendía su gloria él ha defendido incluso su decadencia. Y lo ha hecho de manera triunfal, pues la ha defendido desde un punto de vista fundamental: partiendo del hecho —que debe entender cualquiera que pretenda discutir esta cuestión— de que la visión de la Cristiandad que tenían los medievales era mucho más grandiosa que nuestros imperios, pueblos e intereses, y de que, mientras nuestros mejores hombres tan solo pueden morir gloriosamente por la bandera, ellos incluso podían cometer crímenes en nombre de la Cruz.

A medida que uno se va convenciendo de que esto es cierto, se le quitan las ganas de exagerar su importancia. En mi opinión, a propósito de la transición de la Edad Media podría decirse con justicia que el mundo mejoró en muchos sentidos, pero no en el único necesario: el único que permitía hacerlo uno. No se volvió más universal, sino mucho menos, pues se limitó a recoger y limpiar los pedazos de un universo fragmentado. En otras palabras, las mejoras son las mismas que vemos en la medicina cuando se deja solo en manos de los especialistas, o en el fútbol cuando se vuelve meramente profesional. Es cierto que el hombre medieval era más tosco y menos eficaz en muchos sentidos, pero su concepción de la vida era mucho más amplia y más humana. Así, el renacer de la cultura no supuso una ampliación del conocimiento: las escuelas públicas dejaron de ser populares; más caballeros se pusieron a estudiar griego, pero menos campesinos estudiaron latín. Así, la Reforma intensificó la religión por medio de las sectas, pero ya no fue posible reconciliar a los hombres mediante la religión. Así, es evidente que en el teatro se escribieron obras mejores, pero había menos gente que las escribiera. Shakespeare se burló de que Snout y Snug^[1] montaran una obra de teatro, pero el antiguo gremio teatral, que permitía que los Snouts y los Snugs montaran obras, también tenía sus ventajas. La

literatura se perfeccionó porque se perfeccionó el lenguaje, pero, para bien y para mal, quedó confinado a los idiomas nacionales y dejó de haber un auténtico esperanto europeo. De cien modos distintos, los hombres perdieron la idea de una humanidad completa. Es fácil aplicar esto a la historia inglesa mediante un ejemplo tomado de la literatura. Uno de los genios mayores y más humanos del no tan humano siglo diecisiete fue John Bunyan. Su obra se considera acertadamente un modelo y un monumento de la lengua inglesa más perfecta. Pero compárese por un momento la atmósfera moral del alegorista que escribió *El progreso del peregrino* con la del alegorista que escribió *Pedro el labrador*^[2]. Ambos son representaciones simbólicas de la vida humana a la luz de la religión. Nadie negará que la obra maestra del puritanismo es más perfecta y coherente, pues la lengua nacional y la literatura se habían hecho más perfectas y coherentes. Pero en lo que se refiere a la amplitud de miras, a la hermandad y la descripción del mundo, de las clases sociales, los problemas y los ideales políticos, Bunyan se limita a excavar un hoyo en el suelo mientras Langland está en la cumbre de una montaña. Es lógico e incluso digno de alabanza que la estatua de Bunyan en Bedford «esté frente al lugar donde yació en su mazmorra»; pero no hay ninguna estatua en Malvern Heights, donde el gran tribuno de la Edad Media tuvo su visión de la justicia para el mundo entero: la gente común reunida en un gigantesco cuadro, trabajando entre nubes y confusiones, hasta que, en la última fase del misterio, el autor decide volver hacia nosotros el rostro terrible de Cristo.

G. K. CHESTERTON

I

INTRODUCCIÓN

Se preguntarán con mucha razón por qué, de no mediar una especie de apuesta, iba yo a aceptar el encargo de escribir siquiera un ensayo popular sobre la historia de Inglaterra, si no puedo invocar ningún tipo de erudición especializada y no soy más que una persona corriente. La respuesta es que sé lo suficiente como para estar seguro de algo: que no se ha escrito ninguna historia desde el punto de vista de la gente corriente. Lo que solemos llamar historias populares más bien deberían llamarse historias antipopulares. Todas sin excepción se escribieron contra el pueblo, y en ellas o bien se le ignora o bien se prueba de manera enrevesada que estaba equivocado. Es verdad que Green tituló su libro *Breve historia del pueblo de Inglaterra*^[3]; pero da la impresión de que debió de pensar que era demasiado breve para mencionar en él al pueblo. Así, por ejemplo, una gran parte de su narración se titula «La Inglaterra puritana». Pero Inglaterra nunca fue puritana. Casi habría sido igual de injusto titular la ascensión al trono de Enrique de Navarra «La Francia puritana». Y muchos de nuestros historiadores *whigs* más extremados no habrían sido menos capaces de llamar a la campaña de Wexford y Drogheda «La Irlanda puritana».

Pero es sobre todo al tratar de la Edad Media cuando las historias populares pisotean las tradiciones populares. En este aspecto se produce un contraste casi cómico entre

la información general proporcionada sobre la Inglaterra de los dos o tres últimos siglos, cuando se estaba edificando el actual sistema industrial, y la información general suministrada acerca de los siglos anteriores que en términos generales denominamos medievales. Baste con un pequeño ejemplo de esa historia de guardarropía que suele considerarse suficiente para ilustrar la era de los abades y los cruzados. Hace pocos años se publicó una enciclopedia popular que, entre otras cosas, se jactaba de enseñar historia de Inglaterra a las masas; en ella encontré una serie de retratos de los reyes de Inglaterra. No cabía esperar que todos fuesen auténticos, pero es que los más interesantes eran los que tenían que ser necesariamente imaginarios. Hay en la literatura contemporánea abundante material para componer un vívido retrato de hombres como Enrique II o Eduardo I, pero daba la impresión de que no lo hubieran encontrado o de que ni siquiera se hubieran molestado en buscarlo. Mientras vagaba por un dibujo que representaba a Esteban de Blois, mi mirada tropezó con un caballero con uno de esos yelmos de alas de acero curvadas como una media luna, que se usaban en la era de las calzas y las gorgeras. Estoy tentado de pensar que la cabeza pertenecía a un alabardero sacado de alguna escena como la ejecución de María, reina de Escocia. Pero llevaba un yelmo, y en la Edad Media llevaban yelmos, así que cualquier yelmo viejo valía para Esteban.

Imaginemos ahora que los lectores de dicha obra de referencia hubieran buscado un retrato de Carlos I y se hubieran encontrado con la cabeza de un policía. Imaginemos que lo hubieran sacado, con su casco moderno y todo, de alguna instantánea publicada en el *Daily Sketch* del arresto de la señora Pankhurst^[4]. No parece descabellado suponer que los lectores se habrían negado a aceptarlo como el vivo retrato de Carlos I. Habrían llegado a la conclusión de que se trataba de algún tipo de error. Y sin embargo, el lapso de tiempo transcurrido entre Esteban y María es mu-

cho mayor que el que ha pasado entre Carlos y nosotros. La revolución experimentada por la sociedad entre la primera cruzada y el último de los Tudor fue inconmensurablemente más colosal y completa que ninguno de los cambios sufridos entre la época de Carlos y la nuestra. Y, por encima de todo, dicha revolución debería ocupar el primer y el último lugar en cualquier cosa que merezca el nombre de historia popular, ya que trata de cómo nuestro pueblo logró grandes cosas, aunque hoy las haya perdido todas.

Por tanto, defenderé modestamente que conozco mejor la historia inglesa y que tengo tanto derecho a hacer un resumen popular de ella como el caballero que cogió al cruzado y al alabardero y les hizo cambiar de sombreros. Pero lo más curioso y sorprendente acerca del descuido, casi podría decirse omisión, de la civilización medieval en esa clase de historias, radica en un hecho que he mencionado ya: que sea precisamente la historia del pueblo la que se deja fuera de la historia popular. Por ejemplo, incluso a un obrero, un carpintero o un tonelero le han enseñado que la Carta Magna fue algo así como la Gran Alca, salvo porque su monstruosa soledad se debe a que se anticipó a su tiempo en lugar de quedarse atrás^[5]. No se les ha enseñado que toda la Edad Media estaba acartonada con el pergamino de las cartas, ni que la sociedad fue antaño un sistema de cartas y privilegios de un tipo mucho más interesante para ellos. El carpintero ha oído hablar de una carta concedida a los barones, y básicamente en beneficio de los barones, el carpintero no ha oído hablar de ninguna de las cartas concedidas a los carpinteros, los toneleros y la gente como él. O, por citar otro ejemplo, los niños y las niñas que estudian las toscas historias simplificadas de las escuelas prácticamente no oyen hablar de los burgueses, hasta que aparecen en camisa con un lazo alrededor del cuello. Desde luego no imaginan siquiera el papel que representaron en la Edad Media. Los tenderos Victorianos no se veían a sí mismos tomando parte en ninguna aventura romántica como

la de Courtrai, donde los tenderos medievales hicieron algo más que ganarse las espuelas..., puesto que conquistaron las de sus enemigos^[6].

Tengo un motivo y una excusa muy sencillos para contar lo poco que sé sobre esta historia verdadera: en mis vagabundeos he conocido a un hombre criado en el sótano de una gran mansión, alimentado solo de sobras y sobrecargado de trabajos. Sé que para acallar sus quejas y justificar su estatus se le cuenta una historia. Se le dice que su abuelo era un chimpancé y su padre un salvaje que vivía en la selva, al que atraparon unos cazadores y domesticaron hasta volverlo casi inteligente. En vista de eso debe estar agradecido por la vida casi humana de la que disfruta y puede contentarse con la esperanza de dejar tras de sí a un animal aún más evolucionado. Lo raro es que darle a esta historia el sagrado nombre de «Progreso» dejó de satisfacerme en cuanto comencé a sospechar (y a descubrir) que no era cierta. Ahora al menos sé lo bastante de sus orígenes como para saber que no evolucionó, sino que simplemente lo desheredaron. Su árbol familiar no es un árbol apropiado para los monos —ningún mono habría podido trepar por él—, sino que es más bien como ese árbol que aparece, arrancado de raíz y con el nombre de «Desdichado», en el escudo del caballero desconocido.

II

LA PROVINCIA DE BRITANIA

La tierra en la que vivimos disfrutó una vez del elevado privilegio poético de ser el fin del mundo. Su extremo era *ultima Thule*, el más alejado confín de ninguna parte. Cuando los fanales romanos iluminaron por fin a estas islas, perdidas en la noche de los mares norteños, todos sintieron que se había hollado el más remoto rincón de la tierra; y más por orgullo que por verdadero afán de poseerla.

Dicha sensación no era del todo inexacta, ni siquiera geográficamente. Estas regiones en la frontera de todo realmente tenían algo que solo podía definirse como fronterizo. Britania no era tanto una isla como un archipiélago y, como mínimo, un laberinto de penínsulas. En pocos países puede encontrarse con tanta facilidad el mar en la tierra y la tierra en el mar. Los grandes ríos parecen no solo desembocar en el mar, sino perderse entre los montes: todo el país, aunque llano en conjunto, se inclina en altas montañas hacia el oeste; y una tradición prehistórica le ha enseñado a mirar hacia el sol poniente en busca de islas aún más ensoñadoras que la suya. Los isleños están en sintonía con sus islas. Por diferentes que sean las naciones en las que hoy se dividen, los escoceses, los ingleses, los irlandeses, los galeses de las tierras altas occidentales tienen algo que los distingue de la monótona docilidad de los alemanes del interior, o del *bon sens français*, que puede ser agudo o banal a voluntad. Los britanos tienen algo en común que ni si-

quiera las Leyes de Unión^[7] han logrado deshacer. Su definición más exacta es la inseguridad, algo muy adecuado para unos hombres que pasean sobre acantilados y por el límite de las cosas. La aventura, un deleite solitario por la libertad y un humor poco ingenioso dejan tan perplejos a sus críticos como a ellos mismos. Sus almas son tan intrincadas como sus costas. Experimentan un azoramiento que perciben todos los extranjeros, y que quizá se exprese en los irlandeses en cierta confusión en la expresión y en los ingleses en cierta confusión de pensamiento. Pues la bula irlandesa no es más que una licencia con los símbolos del lenguaje, mientras que la bula de John Bull, la bula inglesa, es una «reflexión bovina», una perplejidad permanente de la imaginación^[8]. Hay algo duplicado en su pensamiento como en un alma reflejada en muchas aguas. De todos los pueblos, son los menos apegados a lo puramente clásico: a esa claridad imperial con la que tan bien se desenvuelven los franceses y tan mal los alemanes y nada en absoluto los britanos. Son eternos colonos y emigrantes: tienen fama de encontrarse en casa en cualquier país, pero son como exiliados en su propia tierra. Están divididos entre el amor por su hogar y el amor por algo más, cosa de la que el mar podría ser la explicación o tan solo el símbolo, y que se encuentra también en una canción de cuna sin nombre que incluye el mejor verso de la literatura inglesa y el estribillo mudo de todos los poemas ingleses: «Tras las montañas y más allá...».

El primer gran héroe racionalista que conquistó Britania, fuese o no el frío semidiós de César y Cleopatra, era sin duda un latino entre los latinos y describió estas islas, cuando las encontró, con el seco positivismo de su pluma de acero. Pero incluso el breve informe de Julio César acerca de los britanos nos deja en parte con esa sensación de misterio que no se debe solo a la ignorancia de los hechos. En apariencia estaban gobernados por esa terrible institución que

es el clero pagano. Piedras hoy sin forma, aunque ordenadas de forma simbólica, dan fe del orden y el trabajo de quienes las levantaron. Su culto era probablemente un culto a la Naturaleza; y aunque semejante base pudiera explicar en parte la cualidad elemental que siempre ha impregnado las artes de la isla, la colisión entre dicho culto y el Imperio tolerante sugiere la presencia de algo que suele surgir del culto a la Naturaleza: lo sobrenatural. Pero César guarda silencio acerca de casi todas las cuestiones que hoy causan controversia. Guarda silencio acerca de si su lenguaje era «céltico»; y algunos topónimos incluso permiten insinuar que, al menos en parte, era ya teutónico. Soy incapaz de pronunciarme sobre la verdad de tales especulaciones, pero sí puedo hacerlo sobre su importancia, al menos desde el punto de vista de mis sencillos objetivos, y no hay duda de que su importancia se ha exagerado mucho. César no pretendía proporcionar más que la visión fugaz de un viajero; pero cuando, bastante tiempo después, los romanos regresaron y convirtieron Britania en una provincia romana, siguieron demostrando una peculiar indiferencia hacia las cuestiones que han inquietado a tantos eruditos. Lo que les preocupaba era dar y obtener de Britania lo mismo que habían dado y obtenido de la Galia. No sabemos si los britanos de entonces, y en ese sentido ni siquiera los de ahora, eran íberos, gaélicos o teutónicos. Sabemos que en muy poco tiempo fueron romanos.

De vez en cuando se descubre en la Inglaterra moderna algún fragmento de una calzada romana. Esta clase de antigüedades disminuyen más que aumentan la realidad romana. Hacen que parezca muy distante algo que sigue estando muy cerca, y que parezca muerto algo que sigue vivo. Es como escribir el epitafio de un hombre en la puerta de su casa: el epitafio será probablemente un elogio, pero a duras penas servirá como introducción personal. Lo verdaderamente importante acerca de Francia e Inglaterra no es que tengan restos romanos, es que son restos romanos. En

realidad no se trata tanto de restos como de reliquias; pues siguen obrando milagros. Una hilera de álamos es más una reliquia romana que una hilera de columnas. Casi todo lo que llamamos obras de la Naturaleza no han hecho más que crecer como hongos sobre esa obra original del hombre; y nuestros bosques son como musgo en los huesos de un gigante. Debajo de las semillas de nuestras cosechas y de las raíces de nuestros árboles se encuentran unos ciemientos de los que los fragmentos de teja y ladrillo no son más que unos símbolos; y por debajo de los colores de nuestras flores silvestres están los colores de una calzada romana.

Britania fue completamente romana durante cuatrocientos años; más tiempo del que ha sido protestante, y mucho más tiempo del que lleva siendo industrial. Es necesario aclarar en unas pocas líneas lo que se entendía por ser romano, o se nos hará imposible entender lo que ocurrió después, y sobre todo lo que ocurrió justo después. Ser romano *no* significaba estar sometido, en el sentido en que una tribu salvaje puede esclavizar a otra, o en el sentido en que los cínicos políticos de épocas recientes esperaban con horrible esperanza la consunción de los irlandeses. Tanto conquistadores como conquistados eran paganos y unos y otros poseían las instituciones que nos parecen proporcionarle inhumanidad al paganismo: el triunfo, el mercado de esclavos, la ausencia total del sensato nacionalismo de la historia moderna. Pero el Imperio Romano no destruía naciones; en todo caso las creaba. Originalmente los britanos no se enorgullecían de ser britanos; pero se enorgullecían de ser romanos. El acero romano era, al menos, tanto un imán como una espada. En verdad era más bien un espejo redondeado de acero ante el que acudían a contemplarse todos los pueblos. Para Roma la misma pequeñez de su origen cívico era una garantía de la grandeza del experimento cívico. Roma por sí sola no podía someter el mundo más de lo que podía hacerlo Rutlandia^[9]. Lo que quiero decir es